

## El ambiente intelectual de la España de comienzos de siglo y su influjo en Josemaría Escrivá

*Jaume Aurell*  
*Universidad de Navarra*

En sus años de madurez, Josemaría Escrivá de Balaguer recurría frecuentemente a sus recuerdos de infancia, tanto en la predicación oral como en sus escritos. En esos recuerdos, hablaba habitualmente de la formación que había recibido en la escuela, agradecido siempre por lo que consideraba una instrucción auténticamente cristiana. Por el contrario, pocas veces hacía referencia al ambiente intelectual en los que transcurrió su adolescencia, que sin duda también había influido en su formación.

Para ahondar en esta realidad, la presente comunicación pretende profundizar en el ambiente intelectual de la España de principios de siglo, basándose en parte en los propios recuerdos de Josemaría Escrivá y relacionándolos con el contexto histórico en que se enmarcan. El interés que tiene este estudio parece evidente, habida cuenta de que ese ambiente intelectual influyó de uno u otro modo en la formación de su personalidad en esos años decisivos de su infancia y su adolescencia.

Hoy en día sigue bastante presente el estereotipo de que los intelectuales que formaron la generación del 98 y del 14 realizaron una crítica agria a la España de su tiempo, envuelta en su caparazón de negro pesimismo derrotista. Sin embargo, la moderna historiografía está demostrando que la labor de esos intelectuales —sobre todo los de la segunda de esas generaciones— iba más bien encaminada a combatir el pesimismo, con la idea de crear una nueva España, buscando también las soluciones pertinentes. Era en la formulación concreta de lo que debía ser esa nueva España en la que aparecían las divergencias entre esos intelectuales, literatos, historiadores y periodistas. Pero la mayoría de ellos optaron por un liberalismo intelectual —cuya concreción institucional fue la Institución Libre de Enseñanza— y una nítida aspiración a la modernización del país,

que buscaron realizar desde los poderes políticos legítimamente constituidos. Automáticamente, sin que se hayan precisado con demasiada profundidad las razones, se produjo un divorcio entre los sectores más comprometidos con la vida cristiana (el mundo clerical y los católicos más coherentes con su fe) y aquellos que lideraban esos movimientos de pensamientos liberales. Esta escisión, consolidada con los años, supuso uno de los gérmenes más sintomáticos de la división de “las dos Españas”, que culminó dramáticamente con la Guerra Civil.

Los intelectuales de la España de esos años tuvieron un enorme influjo en la vida social a través sobre todo de su labor periodística, más que en sus libros o ensayos. En esta comunicación pretendo cuestionar, por un lado, hasta qué punto el liberalismo de esos intelectuales remitía automáticamente a unos valores anticristianos; y, por otra parte, hasta qué punto se puede identificar la labor de los intelectuales de la generación del 98 y el 14 como un germen de los movimientos anticlericales tan específicos de la España de los años treinta. Con este fin, voy a utilizar como fuente documental algunos de los comentarios que escribió el propio Josemaría Escrivá algunos años después, en referencia a ese ambiente tan peculiar e intenso que se vivió en España desde comienzos de siglo hasta la proclamación de la República, en los años treinta. De este modo, se puede iniciar a contextualizar mejor el ambiente intelectual en que se formó Josemaría Escrivá y, por tanto, las repercusiones concretas que esto pudo tener en su talante como personaje histórico y en su labor como fundador del Opus Dei.

## 1. LAS VIVENCIAS DE JOSEMARÍA ESCRIVÁ: DE LOS RECUERDOS DE LA INFANCIA A LAS EXPERIENCIAS DE LA JUVENTUD

Se conservan algunos valiosos testimonios de Josemaría Escrivá de Balaguer que ponen de manifiesto la radical contraposición entre la España provinciana, pacífica y rural en la que se desarrolló su infancia y la España urbana y conflictiva de los años treinta, donde se desarrolló su juventud hasta la guerra civil. Los recuerdos de Josemaría Escrivá suelen provenir de los años treinta, años de los que se conservan algunas expresivas anotaciones suyas, que han sido catalogados posteriormente como sus “Apuntes íntimos”<sup>1</sup>.

El primero de esos recuerdos es del 15 de agosto de 1931 y hace referencia a unos recuerdos de su niñez. Las palabras son inequívocas desde el primer

<sup>1</sup> Ver un análisis y comentario de esta fuente documental en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. I. ¡Señor, que vea!*, Madrid 1997, pp. 337-351.

momento, en referencia a una España algo deslumbrante y cálida, católica y armoniosa:

«Y recuerdo aquellos blancos días de mi niñez: la catedral, tan fea al exterior y tan hermosa por dentro... como el corazón de aquella tierra, bueno, cristiano y leal, oculto tras la brusquedad del carácter baturro.

Luego, en medio de una capilla lateral, se alzaba el túmulo donde la imagen yacente de Nuestra Señora descansaba... Pasaba el pueblo, con respeto, besando los pies de la Virgen de la Cama... Mi madre, papá, mis hermanos y yo íbamos siempre juntos a oír Misa. Mi padre nos entregaba la limosna, que llevábamos gozosos, al hombre cojo, que estaba arrimado al palacio episcopal. Después me adelantaba a tomar agua bendita, para darla a los míos. La Santa Misa. Luego, todos los domingos, en la capilla del Santo Cristo de los Milagros rezábamos un Credo. Y, el día de la Asunción —como he dicho— era cosa obligada *adorar* (así decíamos) a la Virgen de la Catedral»<sup>2</sup>.

El segundo testimonio está datado el 21 de noviembre de 1930 y muestra la otra cara de la moneda, la difícil situación que le tocó en suerte vivir en el Madrid de los años treinta:

«Al llegar cerca de la calle del Cisne, en la de Fernández de la Hoz, pasé junto a un grupo de albañiles. Uno de ellos, en tono de mofa, gritó: ¡la España negra! Oír esto y volverme yo hacia ellos, decidido, todo fue uno. Me acordé de lo que el padre dijo, y hablé insinuante, sin enfado. Total: me dieron la razón, incluso el del grito, quien, con otro de ellos, me estrechó la mano. Estos ya no insultarán, de seguro, a otro sacerdote»<sup>3</sup>. La cita es bien ilustrativa, por un lado, del ambiente anticlerical de aquellos años y, por otra, de la actitud con la que Josemaría Escrivá había decidido afrontarlo.

Hay otro testimonio, cuya datación cronológica no ha podido ser todavía establecida exactamente, pero que en todo caso es posterior a la guerra civil, que complementa a este último: «En aquella época —en 1928—, a pesar del ambiente religioso, del fondo católico de mi patria, los hombres estaban bastante lejos de Dios. No se ocupaba nadie de ellos. Las mujeres tenían de ordinario un pietismo, casi siempre sin demasiado fundamento doctrinal. A los hombres les daba vergüenza ser piadosos. Se respiraba el aire de la Enciclopedia: y duraba el empujón triste del siglo XIX»<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> J. ESCRIVÁ, *Apuntes Intimos*, n. 228 y 229 (15.VIII.1931). Citado por A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. I. ¡Señor, que vea!*, Madrid 1997, pp. 36-37.

<sup>3</sup> J. ESCRIVÁ, *Apuntes Intimos*, n. 114 (12.XI.1930). Citado por A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, p. 360.

<sup>4</sup> J. ESCRIVÁ, *Carta del 29.XII.1947/14.II.1966*, n. 28. Citado por A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, p. 354.

Este tercer testimonio es interesante, porque ahonda en la evidencia del contraste entre la España de la primera década de los siglo XX con la de los años treinta. Estos testimonios permiten concluir, como una primera hipótesis, que en la mente de Josemaría Escrivá se había consolidado un contraste bastante considerable entre la España de su niñez y la España de su juventud. Y, lo que quizás es más importante, que esa percepción confirma lo que la historiografía dedicada al estudio de estos dos periodos se ha encargado de analizar.

Es preciso, sin embargo, hacer algunas matizaciones a este cuadro. En primer lugar, cabe apuntar que la experiencia de la niñez de Josemaría Escrivá se produce en un contexto rural; la de su juventud, en un contexto urbano. El mundo rural se caracteriza por una mayor impermeabilidad a los cambios culturales e intelectuales. El mundo urbano, por su parte, percibe más rápidamente la arista cortante de las vanguardias intelectuales y artísticas.

Este factor es especialmente importante en la España de la primera mitad del siglo XX, donde el anacronismo cultural de la Península respecto a buena parte de las naciones Europeas es evidente. No es ajeno a esta realidad, por ejemplo, que la labor de los intelectuales españoles se centrara básicamente en Madrid, donde habían nacido instituciones tan influyentes y determinantes en este ámbito como la Institución Libre de Enseñanza<sup>5</sup>. Barcelona constituía también un centro intelectual de primer orden en la Península (es la época de las ambiciosas consecuciones del modernismo artístico y del novecentismo cultural), pero está inserto en un espacio cultural específico, y su referente estaba pasando a ser París, más que Madrid<sup>6</sup>.

En todo caso, es indudable que ese contraste natural entre el mundo rural y el mundo urbano incluso se acrecentó, por contraste, en la experiencia de Josemaría Escrivá al llegar a Madrid a finales de los años veinte, porque hasta entonces se había movido siempre en un ambiente provincial: había pasado su niñez en Barbastro (1902-1915), su adolescencia en Logroño (1915-1920) y su primera juventud en Zaragoza (1920-1927).

Además, la percepción de la antítesis entre un mundo rural desproblematizado y armonioso y un mundo urbano desapacible y agresivo pudo verse acrecentado también, en la experiencia personal de Josemaría Escrivá, por la tenden-

<sup>5</sup> Remito al estudio clásico de V. CACHO VIU, *La Institución Libre de Enseñanza. I. Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)*, Madrid 1962. Como declara Florentino Pérez-Embid en el prólogo de ese libro, “La Institución Libre de Enseñanza significa —en la historia contemporánea española— el más coherente y sostenido intento de configurar la vida de este país según los principios de la cultura europea moderna”.

<sup>6</sup> V. CACHO VIU, *Repensar el noventa y ocho*, Madrid 1997, pp. 21-26.

cia natural a la exaltación de ese periodo habitualmente idealizado que es la niñez.

Sin embargo, la consideración de estos dos matices —el contraste entre un ámbito rural apacible frente a un ámbito urbano agresivo por un lado y la vivencia del periodo despreocupado de la niñez frente a las acuciantes responsabilidades del joven que ya ha fundado el Opus Dei por otro— no son suficientemente elocuentes para explicar la quiebra real que se había dado entre esas “dos” Españas. ¿Qué influjo tuvo ese proceso en la sociedad española? ¿De dónde procedía esta quiebra de la fe en España? ¿Por qué hubo fenómenos como el anticlericalismo que se consolidaron durante esos años de un modo tan intenso? ¿Qué influencia tuvo ese contexto en la figura de un sacerdote como Josemaría Escrivá, que tenía ante sí una misión de tanta trascendencia? ¿Qué papel tuvieron los intelectuales en este proceso de ruptura?

## 2. DEL 98 AL 31: HACIA LA MODERNIZACIÓN CULTURAL, EL LIBERALISMO INTELECTUAL Y ANTICLERICALISMO SOCIOLÓGICO

Lo que Josemaría Escrivá había experimentando a su llegada al Madrid de los años treinta era algo así como el “choque con la modernidad”. Este era, junto al exceso de clero, uno de los motivos por los que la jerarquía era tan reacia a la llegada de sacerdotes provenientes de otras diócesis a la ciudad de Madrid<sup>7</sup>. No en vano, la Santa Sede había aconsejado que se pusieran los medios para que no se aglomerasen los clérigos extradiocesanos en las grandes capitales.

El clero español de principios de siglo no recibía una formación excesivamente profunda desde el punto de vista intelectual. La doctrina se transmitía con fidelidad, pero sin demasiadas concesiones a su fundamentación racional o a su vertiente más cultural. El caso de Josemaría Escrivá no era una excepción a ese contexto intelectual, pero tanto por su formación como por su talante, apertura de miras y solidez doctrinal, era evidente que las posibles repercusiones perniciosas de su llegada a Madrid eran ínfimas en comparación con las posibilidades apostólicas que se le abrían en la capital.

Sin embargo, esto es compatible con que, subjetivamente, el impacto de la experiencia del nuevo ámbito cultural e intelectual fuera grande en el sacerdote. Algunas de las empresas mediático-culturales más influyentes del momento habían sido preconizadas por los intelectuales de corte más liberal. La figura de José Ortega y Gasset, aunque no fuera la única, destacaba entre los componentes de

<sup>7</sup> A. VÁZQUEZ DE PRADA cita, en este contexto, un documento tremendamente ilustrativo de esta realidad: IDEM, *El Fundador...*, pp. 258-259.

esa nueva generación de intelectuales. Si algo distinguía a ese grupo de intelectuales, comúnmente conocidos como la “generación del 14”, era la búsqueda del pragmatismo en su acción cultural<sup>8</sup>. Buena parte de la concreción de ese pragmatismo consistía en la acción política a través del juego parlamentario y en la presencia mediática a través del cultivo de la columna periodística<sup>9</sup>.

En este sentido, el contraste entre la España de principios de siglo y la España de los años treinta es notorio. El ambiente intelectual de la España de principios de siglo está plenamente condicionado por la crisis finisecular causada por la conciencia de la debilidad nacional. Los intelectuales del 98 fueron quizás quienes mejor captaron el grito de una sociedad algo angustiada pero que, al mismo tiempo, no se resignaba a quedarse en el furgón de cola de los países occidentales. Sin embargo, intelectuales y literatos de la talla de Miguel de Unamuno o Pío Baroja no fueron capaces de ir más allá de la constatación de un certero diagnóstico y de la relativa eficacia de su amarga denuncia.

España había sido un país tradicionalmente católico y lo seguía siendo, aunque es cierto que los movimientos anticlericales, hasta entonces prácticamente limitados al mundo de los intelectuales, estaban tomando cuerpo, cobrando una dimensión sociológica. Esta tendencia iría aumentando con el paso de los años, convirtiéndose en uno de los fenómenos más característicos de la España de los años treinta<sup>10</sup>.

Parece claro que, a principios del siglo XX, ni España ni el mundo habían entrado en lo que se ha denominado la “crisis de la cultura de la modernidad”, que se verifica en Europa a partir de la conclusión de la Primera Guerra Mundial<sup>11</sup>. Esa crisis de la cultura de la modernidad, como la de la España finisecular, no era más que una toma de conciencia de unos problemas que existían con anterioridad. Toda crisis cultural supone un análisis y juicio de los presupuestos sobre los que se construye un mundo. Parece evidente que, tanto desde el punto de

<sup>8</sup> Ver especialmente V. CACHO VIU, *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid 2000 y G. REDONDO, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset*. “El Sol”, “Crisol” y “Luz” (1917-1934), Madrid 1970.

<sup>9</sup> Como lo demuestra la documentada monografía de V. OUIMETTE, *Los intelectuales españoles y el naufragio de liberalismo (1923-1936)*, Valencia 1998.

<sup>10</sup> Para un contexto más cercano al experimentado por Josemaría Escrivá en su infancia, vid., P. SALOMON CHELIZ, *Anticlericalismo y movilización política en Aragón (1898-1936)*, “Ayer”, 41 (2001), pp. 189-212.

<sup>11</sup> Ver algunos comentarios sobre la cuestión en G. REDONDO, *Las libertades y las democracias. Historia Universal, tomo XIII*, Pamplona 1984, pp. 27-80 y, del mismo autor, *Historia de la Iglesia en España, 1931-1939, tomo I, La Segunda República (1931-1936)*, Madrid 1993, pp. 59-70.

vista cultural como espiritual, esa renovada toma de conciencia estaba a punto de eclosionar.

La crisis empezó a afectar a la Iglesia en Europa a través del modernismo de principios del siglo XX. Pero se da la circunstancia de que esa corriente teológico-cultural, en su concepción original, tuvo un eco escaso en la Iglesia española. Esto contribuyó, sin duda, a una progresiva divergencia entre las “dos Españas”: por un lado, la tradicionalista<sup>12</sup>, aferrada a las pretendidas esencias de una España “eterna”, entre las que exaltaban —y no pocas veces manipulaban— su tradición católica secular; por otro, la liberal, que apostaba por la separación entre la sociedad confesional y la sociedad civil y remitía a los valores que se estaban divulgando por los países más avanzados cultural y económicamente de Europa. Una dicotomía que, de modo sintomático, contribuyó a una mayor divergencia política entre una derecha tradicional y católica y una izquierda liberal y demócrata.

\*\*\*

Algunos historiadores han puesto en duda la consideración del 98 como una fecha de ruptura<sup>13</sup>. Sin embargo, en lo que hay un acuerdo casi unánime es en que esa fecha supone una solución de continuidad en todo lo que hace referencia al mundo intelectual. Esto es debido a que el 98 es, más que un acontecimiento, una toma de conciencia. Si el “desastre del 98” juega un papel de primera magnitud en la historia española no es tanto por lo que fue como por lo que representó. Porque, entre otras cosas, generó una crítica al sistema imperante de la Restauración sin el que es muy difícil de entender el clima de la España del primer tercio del siglo XX.

La pérdida de las últimas colonias en 1898 produjo una profunda sensación de inseguridad colectiva en España. Por otra parte, es éste un fenómeno que se ha repetido con frecuencia durante el siglo XX: la constatación de una realidad, causada por la sacudida de un acontecimiento dramático, tiene como consecuencia un replanteamiento de los valores y los fundamentos más básicos de una sociedad. El recién estrenado siglo XXI cuenta ya, de hecho, con una de esas dramáticas experiencias que generan tantas incertidumbres pero que suelen ser el umbral, a medio plazo, de la experimentación de una renovada vitalidad.

<sup>12</sup> Soy consciente de la ambigüedad de ese complejo concepto. El “tradicionalismo” remite de hecho a un movimiento algo más específico que, en la España de este periodo, se identifica con el carlismo. Pero en el texto pretendo darle un sentido más amplio, remitiendo a una actitud más que a una concreción política o social de una determinada corriente intelectual.

<sup>13</sup> Ver, por ejemplo, las palabras introductorias de J. TUSELL a *Historia de España en el siglo XX. I. Del 98 a la proclamación de la República*, Madrid 1998, p. 11.



Si España era una nación inequívocamente europea y occidental desde el punto de vista geográfico, político y cultural, los acontecimientos del 98 hicieron aumentar por momentos y repentinamente las distancias. De la España romántica y exótica dibujada por los viajeros europeos de mediados del siglo XIX, se pasó a la España trágica y angustiada de la época finisecular. Esas imágenes de una España anclada en el pasado eran quizás una caricatura de la realidad o una generalización de fenómenos aislados, pero es evidente que expresaban unas tendencias que se agudizaban con el tiempo. Las imágenes no suelen expresar exactamente la realidad, pero marcan claramente las tendencias culturales de una sociedad.

El 98 actuó también como catalizador de un complejo de inferioridad de España respecto a las naciones europeas que iría aumentando a lo largo del siglo XX. José Ortega y Gasset llegó a afirmar, después de una de sus estancias en el extranjero, que “ser españoles significa ser un poco ridículos”. Joaquín Costa, uno de los pensadores de los noventa con mayor proyección social, describió la situación política española como oligárquica y caciquil, llegando a afirmar que España era «un estado social propio de una tribu de eunucos sojuzgada por una cuadrilla de salteadores»<sup>14</sup>.

A pesar de su dureza, el discurso de los intelectuales de la España del cambio de siglo no era pesimista. Buscaban una transformación de la sociedad a través de un adecuado diagnóstico y confiaban que el ciudadano español superaría el estado de atonía en que se encontraba. Los intelectuales críticos con respecto a la Restauración jugaron un papel fundamental en la década final del siglo XIX, presidida por la inquietud y el desasosiego. Son los llamados “regeneracionistas”, que constituían una curiosa mezcla entre un aparente pesimismo radical y un arbitrio más propio del siglo XVII. Entre ellos cabría destacar a Angel Ganivet, Joaquín Costa o Valentí Almirall. La actitud y la pluma de estos intelectuales, algo desmesurada, no puede ocultar su franco deseo de cambiar el entorno.

A finales de siglo, estos autores “regeneracionistas” fueron siendo sustituidos por otros que algunos no dudaron en definirlos como “degeneracionistas”. Una lectura reposada de la novela de Pío Baroja *La Busca* es suficiente, probablemente, para entender el alcance de este concepto intelectual. Sin embargo, los literatos e intelectuales de la generación finisecular tuvieron la virtud de reactivar el debate del “problema de España”, como lo ponen de manifiesto los ensayos de Unamuno (*En torno al casticismo*, de 1893) y del mismo Angel Ganivet (*Idearium español*, de 1895), donde trataban de descubrir la esencia de lo español en claves espirituales, físicas, tradicionales y paisajísticas<sup>15</sup>. Esa preocupación por el *ser* de

<sup>14</sup> Citado por J. TUSELL, *Historia de España...*, Madrid 1998, pp. 51-52.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 552-553.



España sería heredada por el resto de escritores pertenecientes a esa generación (Antonio Machado, Azorín, Pío Baroja), que trasladarían a su vez esa preocupación al pueblo español.

Tras los “regeneracionistas” y los “degeneracionistas”, aparece una tercera generación, la de 1914, liderada por José Ortega y Gasset, cuyo programa principal se basa en dejar de lado los diagnósticos para centrarse en la soluciones. A tal efecto, y en paralelo con la generación novecentista catalana liderada culturalmente por Eugeni d’Ors y políticamente por Enric Prat de la Riba, impulsaron desde Madrid un ambicioso plan institucional para promover una modernización cultural basada en la “europeización” de España.

A través de la sucesión de las mencionadas generaciones de intelectuales, se fueron consolidando dos corrientes intelectuales divergentes: por un lado, la que consideraba que la recuperación de la identidad propia constituía el principio de superación de todos los males (un tradicionalismo de cariz nacionalista); por otro, la que pretendía romper con la tradición para incorporarse plenamente al mundo liberal que se estaba asentando en las naciones europeas más modernizadas (identificado con la labor de los intelectuales de la Institución Libre de Enseñanza). Ambas direcciones dieron como resultado, paradójicamente, una profunda herencia cultural identificada con el patriotismo que, aunque de muy distinto signo, ha dominado la esfera política y cultural de la España del siglo XX. Esta herencia común explica en parte la contundencia ideológica que ha caracterizado el enfrentamiento entre esas dos tendencias, y su identificación con cada uno de los bandos que lucharon en la guerra civil española, así como la virulencia con la que ésta estalló y se desarrolló.

Como consecuencia de todo este proceso, ya en los años treinta, se consolidó en la esfera cultural española un género de escritor que, al margen de su labor de creación en ficción o ensayo, pretendía tener una influencia directa en la vida política e intelectual, normalmente a través de su colaboración en la prensa del momento. Estos escritores estaban normalmente vinculados al mundo del liberalismo político y recibieron por primera vez el nombre específico de “intelectuales”. En efecto, los intelectuales como tal, eran un producto relativamente reciente, forjado de modo específico en la Francia finisecular, y habían aparecido en España como consecuencia de la dimensión mediática de los juicios a los acusados de haber practicado terrorismo anarquista a finales de siglo. Los acontecimientos posteriores (la pérdida de las colonias y la crisis finisecular) legitimaron todavía más su actitud de denuncia a través de la prensa escrita.

Desde el punto de vista cultural, social y político, perduraban en España, a principios del siglo XX, una serie de rasgos más bien definitorios de un Antiguo Régimen supuestamente superado en Europa. La tradición liberal por la que algunos suspiraban pretendía suprimir todos esos rasgos que remitían a una tra-

dición que se iba convirtiendo, en la medida en que se consolidaba, en tradicionalismo. Por una serie de razones que llevaría demasiado lejos detallar, la sociedad española había identificado ese tradicionalismo con los valores de la Iglesia Católica y, por tanto, con la actuación de sus ministros. Esta identificación habría azuzado el fuego del virulento y tan peculiar anticlericalismo español de los años treinta, otorgándole una llamativa dimensión cultural y política. Desde el punto de vista político, los valores de la Restauración, tendieron, desde su ámbito, a obstaculizar la necesaria transformación modernizadora de la sociedad española.

\*\*\*

La Iglesia española, por su parte, constituía, a principios del siglo XX, una institución compacta y sin fisuras doctrinales. El clero secular era abundante, aunque ciertamente con escaso prestigio en los ambientes intelectuales. Algunas actuaciones hicieron aumentar la sensación de que la Iglesia española no estaba dispuesta a pactar con la modernidad y, menos aún, con el liberalismo. El desproporcionado revuelo que levantó la publicación del ensayo de Sardà i Salvany, *El liberalismo es pecado* (1884), así lo pone de manifiesto.

Sin embargo, esa tendencia hacia el antiliberalismo —que, en el fondo, se basaba en una trasposición errónea de las categorías religiosas en las políticas e ideológicas— no benefició la inserción natural de la Iglesia en la sociedad española del primer tercio del siglo XX y, más concretamente, entre los intelectuales. El anticlericalismo había existido desde tiempo atrás en España, aunque ciertamente reducido a algunas esferas intelectuales o a determinados ámbitos sociales. Lo específico de este periodo es que ahora se utilizaba como arma política, adquiriendo así una dimensión sociológica de amplias proporciones.

El pontificado de Pío X, bajo el que transcurre toda la infancia de Josemaría Escrivá, influyó poderosamente en el catolicismo español de principios de siglo, por su pronta e inequívoca condena al movimiento modernista. Quizás esta corriente influyó en algunos intelectuales, pero el mismo Miguel de Unamuno se declaraba más cercano al protestantismo liberal que al modernismo católico. Si existió algún influjo fue siempre en materias marginales y en casos singulares, como el acercamiento a las teorías evolucionistas de los clérigos González Arintero o Miquel d'Esplugues<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> Cabe remitir, en todo caso, a obras más específicas como M. ROMERO, “Modernidad, modernismo y modernismos: Iglesia y cultura en la España de fin de siglo”, *Hispania Sacra*, XLI (1989), pp. 699-718 y L. de Llera (dir.), *Religión y literatura en el modernismo español, 1902-1914*, Madrid 1994.

Cabe hacer una doble lectura de este fenómeno cultural tan característico de la Iglesia española de principios de siglo: se puede interpretar como un noble deseo de ortodoxia por parte del clero ante la perniciosa simplificación de un liberalismo de talante anticlerical o como una muestra de su aislamiento y pequeñez de miras culturales entre los eclesiásticos<sup>17</sup>. Probablemente se trate de una mezcla de las dos cosas y sería necesario acudir a un estudio prosopográfico de grandes dimensiones, que está todavía por hacer.

### 3. EL CONTEXTO INTELECTUAL Y CULTURAL DE LA INFANCIA DE JOSEMARÍA ESCRIVÁ

En todo caso, la experiencia de Josemaría Escrivá es inequívoca. Él siempre se mostró orgulloso de haber nacido en un ambiente fervientemente católico y de haber recibido una formación consecuente con esa realidad. Declaraba sin reparos su agradecimiento de haber recibido del hogar paterno «una formación cristiana, y allí la adquirí, más que en el colegio, aunque desde los tres años me llevaron a un colegio de religiosas, y desde los siete a uno de religiosos»<sup>18</sup>. Los primeros pasos de su educación los recibió de las Hijas de la Caridad; los Escolapios de Barbastro se encargaron de los decisivos años de su infancia y primera adolescencia.

En esos años, sus experiencias se concentran básicamente en un contexto rural, lo que explicaría la escasa incidencia de la “cuestión social”, de la que los católicos habían tomado mayor conciencia después de la publicación de la encíclica *Rerum Novarum* del papa León XIII (1891). Las reformas sociales, las exigencias económicas y las reivindicaciones obreras de otras regiones no había calado todavía en una zona como la comarca de Barbastro, donde no existían grandes industrias ni población proletaria, como tampoco latifundios<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> Algunas ideas sobre la formación del clero de este periodo en J. ANDRÉS-GALLEGO y A.M. PAZOS, *La Iglesia en la España Contemporánea. I. 1800-1936*, Madrid 1999, pp. 120-127. Sobre la situación de los Seminarios de la época es muy útil recurrir al todavía inédito y documentado trabajo, R. HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de Seminario del Beato Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925). El Seminario de San Francisco de Paula*, Tesis Doctoral, Universidad de Navarra, Pamplona 1999 y P. TINEO, *La formación teológica en los seminarios españoles (1890-1925)*, “Anuario de Historia de la Iglesia”, II (1993).

<sup>18</sup> Testimonio oral de Josemaría Escrivá, 14.II.1964, citado en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, I, p. 37.

<sup>19</sup> Vid. algunas noticias sintetizadas al respecto en M. GARRIDO, *Barbastro y el Beato Josemaría Escrivá*, Barbastro 1995, pp. 13-29.

Una contundente prueba del tipo de sociedad en que se forjó la primera personalidad de Josemaría Escrivá es que sus recuerdos de infancia son eminentemente rurales: las labores de la siega, en la que las gavillas de mies se llevaban todavía «a lomos de mulo o de pobres borriquitos»<sup>20</sup>, el trajinar de los pastores «envueltos en sus zamarras de piel»<sup>21</sup>, la operación de machacar el trigo para preparar la harina y poder elaborar el pan<sup>22</sup>, y tantos otros ejemplos de las labores agrícolas o ganaderas que se pueden hallar, sobre todo, en su predicación.

Es interesante resaltar, además, que esta estima y connaturalidad con las tareas del campo quedaron tan metidas en su mente que solía retenerlas con firmeza, aunque se tratara de experiencias vividas en lugares muy diferentes a su Barbastro natal. Utilizaba frecuentemente esas imágenes en su predicación. A principios de los años cuarenta, por ejemplo, vivió una escena que narra de modo expresivo y poético en una de sus homilías, trasponiendo sus recuerdos del Barbastro rural a las tareas pesqueras de la Valencia marítima:

«Pues, un día, a última hora, durante una de aquellas puestas de sol maravillosas, vimos que se acercaba una barca a la orilla, y saltaron a tierra unos hombres morenos, fuertes como rocas, mojados, con el torso desnudo, tan quemados por la brisa que parecían de bronce. Comenzaron a sacar del agua la red repleta de peces brillantes como la plata, que traían arrastrada por la barca. Tiraban con mucho brío, los pies hundidos en la arena, con una energía prodigiosa. De pronto vino un niño, muy tostado también, se aproximó a la cuerda, la agarró con sus manecitas y comenzó a tirar con evidente torpeza. Aquellos pescadores rudos; nada refinados, debieron de sentir su corazón estremecerse y permitieron que el pequeño colaborase; no lo apartaron, aunque más bien estorbaba»<sup>23</sup>.

Algo parecido sucede con las tareas ganaderas de Castilla: «Íbamos hace tantos años por una carretera de Castilla y vimos, allá lejos, en el campo, una escena que me removió y que me ha servido en muchas ocasiones para mi oración: varios hombres clavaban con fuerza, en la tierra, las estacas que después utilizaron para tener sujeta verticalmente una red, y formar el redil. Más tarde, se acercaron a aquel lugar los pastores con las ovejas, con los corderos; los llamaban por

<sup>20</sup> “Yo recuerdo que, en la tierra mía, cuando llegaba la temporada de la siega, y no existían aún estas modernas máquinas agrícolas...” (Texto de Predicación de Josemaría Escrivá, 18.VI.1964, citado en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, I, p. 54).

<sup>21</sup> J. ESCRIVÁ, *Carta*, 29.IX.1957, n. 22, citado en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, I, pp. 54-55.

<sup>22</sup> A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975)*, Madrid 1984, p. 103.

<sup>23</sup> J. ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 14.

su nombre, y uno a uno entraban en el aprisco, para estar todos juntos, seguros»<sup>24</sup>.

El influjo del ambiente rural en el imaginario de Josemaría Escrivá también se refleja, por fin, en la maestría con la que describe algunas escenas relacionadas con los campos de trigo castellanos, de notorias resonancias evangélicas: «En aquella romería de que os hablaba al principio, mientras caminábamos hacia la ermita de Sonsoles, pasamos junto a unos campos de trigo. Las mieses brillaban al sol, mecidas por el viento. [...] Y, apartándome un poco del camino, recogí unas espigas para que me sirvieran de recordatorio»<sup>25</sup>. O esta otra: «Me imagino la escena, ya bien entrada la tarde. Sopla una brisa suave. Alrededor, campos sembrados de trigo ya crecido, y los olivos viejos, con las ramas plateadas por la luz tibia»<sup>26</sup>. Dificilmente puede describir estos parajes con esta expresividad quien no los tenga muy metidos en su mente desde la infancia.

Al mismo tiempo, ya desde su primera adolescencia es un hombre preocupado por los sucesos contemporáneos, lo que le lleva a frecuentar la lectura de los periódicos y a forjarse ya la opinión personal en algunos de los temas de más candente actualidad internacional: «Entonces tenía unos quince años, y leía con avidez en los periódicos las incidencias de la Primera Guerra... Pero sobre todo rezaba mucho por Irlanda. No iba en contra de Inglaterra, sino a favor de la libertad religiosa»<sup>27</sup>. En este contexto, es bien sabido el debate y la profunda división entre francófilos y germanófilos que generó el desencadenamiento y desarrollo de la Primera Guerra Mundial entre 1914 y 1918.

Esta actitud es bien elocuente de lo que dejó escrito en *Surco*, con claras reminiscencias —como tantos otros puntos de este libro, como también de *Camino y Forja*— autobiográficas: «Para ti, que deseas formarte una mentalidad católica, universal, transcribo algunas características: —amplitud de horizontes, y una profundización enérgica, en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica; —afán recto y sano —nunca frivolidad— de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia...; — una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos; —y una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida»<sup>28</sup>.

De los años culminantes de la Primera Guerra Mundial datan, precisamente, los inicios de la segunda fase de la formación intelectual de Josemaría

<sup>24</sup> *Ibidem*, 1.

<sup>25</sup> J. ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 146.

<sup>26</sup> IDEM, *Amigos de Dios*, 314.

<sup>27</sup> Citado en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, I, p. 90.

<sup>28</sup> J. ESCRIVÁ, *Surco*, 428.

Escrivá: años de formación en el Seminario y en la facultad civil de Derecho: de 1918-1920 en Logroño y de 1920-1925 en Zaragoza. En el Seminario de Zaragoza recibió la formación acorde con las expectativas que el estamento clerical se había forjado de sí mismo; es decir, audaces y exigentes en cuanto a la fidelidad con el Magisterio pero no excesivamente ambiciosa en lo referente a la formación intelectual<sup>29</sup>. Las aspiraciones intelectuales no demasiado elevadas de los candidatos al sacerdocio se correspondía también, todo hay que decirlo, a su procedencia social, por lo general bastante humilde.

No es demasiado aventurado afirmar que, durante todos esos años, su natural tendencia a la profundización intelectual y su afán por adquirir una extensa cultura chocaban continuamente con el contexto que le rodeaba. Durante sus años de Seminario no debió tener excesivas facilidades para colmar esas ambiciones intelectuales, atendiendo al ambiente predominantemente voluntarista, tradicionalista, enemigo de cualquier veleidad intelectual e incluso de compatibilizar la carrera eclesiástica con la civil, por «los grandes peligros que, como enseña una larga y triste experiencia, amenazan a la santidad de vida y pureza de doctrina de los sacerdotes que concurren a las mencionadas Universidades»<sup>30</sup>.

Ya en una tercera fase de su vida, durante los años treinta, estallaron en España las tensiones religiosas y sociales que venían arrastrándose desde el siglo XIX; pero fueron los movimientos de inspiración marxista en las izquierdas y las tendencias fascistas de la derecha los que envenenaron la vida pública española con su anticlericalismo y su tendencia al militarismo respectivamente. En este contexto, las experiencias de Josemaría Escrivá pasaron a ser algo más tensas y, en algunas ocasiones dramáticas.

En efecto, poco quedaba en el Madrid de los años treinta de esos parajes idealizados de su niñez en Barbastro o de los apacibles años de su formación en Logroño y Zaragoza. Ahora experimentaba en sus propias carnes los embates del anticlericalismo. Los testimonios suyos son abundantes, tal como hemos puesto de manifiesto en las dos citas que aparecen en el primer apartado.

Lo que me interesa resaltar ahora es que en algunas de las cartas que se conservan de aquella época se puede hallar la clave de su actitud en aquellos momentos: «Muy querido Isidoro: Recibí con mucha alegría tus líneas, que todos esperábamos impacientes [...] Noticias: no te dé frío ni calor el cambio político: que sólo te importe que no ofendan a Dios. Desagravia»<sup>31</sup>.

<sup>29</sup> R. HERRANDO PRAT DE LA RIBA, *Los años de Seminario...*, 159-207.

<sup>30</sup> “Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza”, año LI, n<sup>o</sup>5 (11.III.1920), pp. 134-135, citado en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, I, p. 167.

<sup>31</sup> Carta de Josemaría Escrivá a Isidoro Zorzano, del 5.V.1931, citada en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, I, p. 358.

#### 4. CONCLUSIONES

Desde el punto de vista de su interacción con el contexto en que vivió durante sus primeros 35 años, tres fases en la vida de Josemaría Escrivá se pueden distinguir claramente. Una primera, sus años de Barbastro (1902-1915). Josemaría Escrivá vivió sus años de niñez inmerso en una España rural y tradicional que todavía no había sufrido la angustiosa constatación del impacto del 98 ni las primeras oleadas del anticlericalismo de raíz y dimensión política y sociológica. Una segunda fase fueron sus años de formación intelectual y de formación para el sacerdocio, en Logroño y Zaragoza (1915-1927). Años de estudio intenso, de una cierta tranquilidad, que él mismo catalogó de un ir «adelante, sin cosas raras, trabajando sólo con mediana intensidad»<sup>32</sup>.

Su establecimiento en Madrid supuso el inicio de un tercer periodo (de 1927 a 1936) que, desde el punto de vista vivencial, fue mucho más intenso, tanto por el hecho objetivo del recrudecimiento de la presión ambiental como por el factor subjetivo de la responsabilidad inherente a la fundación del Opus Dei. Su llegada a la capital coincidió con una acentuación de las tensiones sociales y políticas. Unas tensiones que ya habían calado en la sociedad urbana española durante los aparentemente insulsos años de la Dictadura primorriveriana (1923-1930) y que venían en buena medida mediatizadas y eran sufridas por los intelectuales. Persiguiendo a los intelectuales, Primo de Rivera les había conferido un estatuto de oponentes y había afianzado su republicanismo, con todos los aditamentos culturales que este concepto llevaba consigo. A partir de entonces, el magisterio y la legitimidad de esos intelectuales de izquierda quedaba pleamente reconocido<sup>33</sup>. Al proclamarse la República, todos esos sentimientos saltaron como impulsados por un resorte comprimido.

El Fundador del Opus Dei se forma, pues, en un contexto intelectual influido por el pensamiento tradicional —propio de un mundo rural receloso a los cambios y a las novedades— y de un mundo católico finisecular español poco amigo de las veleidades intelectuales, aunque ciertamente con incipientes tensiones sociales y de tendencias anticlericales. El intento español de ilustración cristiana —eco de aquel otro intento de humanismo clásico español del siglo de Oro— sería una constante algo anacrónica de la historia de España hasta bien entrado el siglo XX. Ese movimiento de corte tradicional arrancaba en el Dieciocho de Jovellanos y pasaba en el XIX por Jaime Balmes y Donoso Cortés, que

<sup>32</sup> A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975)*, Madrid 1984, p. 102.

<sup>33</sup> P. AUBERT, *Los intelectuales y la II República*, en “El nacimiento de los intelectuales en España” monográfico de la revista “Ayer”, 40 (2000), p. 105.



defendían una actitud católico-tradicional frente a la penetración de las ideologías liberales y románticas, que habían enraizado profundamente en buena parte de Europa. Después seguirían esa orientación algunos pensadores como Marcelino Menéndez Pelayo, preocupados por la definición y la preservación del *ser* de España más que en su modernización, en un planteamiento claramente esencialista algo paralizante.

La otra gran corriente, opuesta a la anterior, estaba catalizada por la Institución Libre de Enseñanza, preconizada por Francisco Giner de los Ríos. Esta tendencia será representada pocos años más tarde por los pensadores liberales y los literatos de la Generación del 98 liderados por Miguel de Unamuno y los de la Generación del 14, encabezados por José Ortega y Gasset. Pero, según se ha apuntado acertadamente, ese pensamiento liberal naufragó, durante los años treinta, ante las presiones centrífugas de una derecha cada vez más polarizada y de una izquierda cada vez más revolucionaria.

Todo este contexto influyó, obviamente, en la formación del niño y del joven Josemaría Escrivá. No es extraño, por tanto, que, en su imaginario, Josemaría Escrivá percibiera tan claramente la distinción entre la España de principios del siglo XX (rural, provinciana, con los valores católicos dominantes, descomplicada, algo ingénuo) y la España de los años treinta (con tendencias anticlericales sino anticatólicas, urbana, apasionada y algo atormentada). En todo caso, la percepción de las tres fases antes citadas (1902-1915; 1915-1927; 1927-1936) puede contribuir a ir matizando los diferentes períodos de su biografía, como una condición previa a la labor de la investigación referente a la vida de Josemaría Escrivá y el Opus Dei. Una investigación que, todo hay que decirlo, está todavía en una fase incipiente y cuyos resultados son, por tanto, necesariamente provisionales, como las conclusiones de esta comunicación.